

INTERPRETACIÓN DE LA OPACIDAD

INTERPRETATION OF THE OPACITY

*Provera, Diego*¹

RESUMEN

A pesar de que la concepción "clásica" de interpretación se propone devolver a la conciencia aquello que habría quedado relegado de ella, el psicoanalista no investiga al paciente al modo de un detective que busca las pruebas ocultas que resolverían el caso. La interpretación analítica desentraña un enigma, pero en ese mismo movimiento forja una nueva incógnita en la que se hallan implícitos un medio decir de la verdad y su condición de ficción. Da lugar a un sentido nuevo que introduce el sinsentido y encuentra su materia prima en la relación que se entabla entre los pasajes de la historia del paciente y las formaciones de su inconsciente. Más que descifrar, cifra en la medida en que desanuda la existencia de lo fáctico de las palabras que apresan al sujeto en sus identificaciones. Desde esta perspectiva, el presente artículo se propone dar cuenta de la opacidad que encierran conceptos fundamentales del psicoanálisis con el fin de indagar las limitaciones de la interpretación entendida como revelación de un sentido oculto.

Palabras clave:

Interpretación - Opacidad - Sinsentido - Verdad

ABSTRACT

Although the "classical" conception of interpretation proposes to return to consciousness what would have been relegated from it, the psychoanalyst does not investigate the patient as a detective seeking the evidence that would revealed the "case". The analytic interpretation answers an enigma, but in the same movement it formulates a new question in which is implicit a partial truth and its condition of fiction. It gives rise to a new meaning that introduces nonsense and finds its raw material in the connection between the passages of the patient's history and the formations of his unconscious. Rather than deciphering, it codes the existence of the factual of the words that capture the subject in his identifications. From this perspective, the article aims to explain the opacity of basic concepts of psychoanalysis to investigate the limitations of the interpretation understood as a revelation of a hidden meaning.

Key words:

Interpretation - Opacity - Nonsense - Truth

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Cátedra "Psicoanálisis: Psicología del Yo". E-mail: diegoprovera@hotmail.com

En su opúsculo *Nietzsche, Freud, Marx* (1964), Michel Foucault erige a Sigmund Freud como fundador de discurso por haber producido una nueva forma de leer los modos de interpretación establecidos. Alega que Freud no se limita a agrandar el campo del saber, sino que transforma la naturaleza misma del signo. Es decir, el psicoanalista no interpreta específicamente el sueño del paciente, sino el relato que este último hace del mismo, por lo que Freud modifica la imagen del sujeto de la interpretación. En la misma línea, tampoco podría decirse que Friedrich Nietzsche interpreta la moral, sino que indaga el discurso que Occidente ha erigido sobre ella. Cuando se propone hacer una *Genealogía de la moral*, el filósofo se pregunta por el modo en que la lengua que se habla ignora lo que está en el origen de las palabras que se utilizan. Nietzsche desenmascara el montaje naturalizado de la razón, así como Marx lo hace con el proceso de mercantilización y producción.

Desde la concepción marxista —dice Foucault en *Genealogía del racismo*—, el poder tiene, en sustancia, la función de mantener y reproducir las relaciones de producción y la dominación de clase. Sin embargo, es ante todo una relación de fuerzas. Por eso, el poder no se tiene, ni se intercambia o se retoma, sino que se ejerce y sólo funciona en acto en tanto se despliega esa relación. Opera gracias a la formación de un saber, del que es efecto y, a su vez, condición de su ejercicio.

Estos tres autores —dice Foucault— echan luz sobre los discursos como interpretaciones y no como meros objetos complejos a descifrar en función de un sentido establecido desde antaño. La interpretación es siempre inacabada porque no hay nada absolutamente primario que interpretar, dado que incluso lo que es factible de ser expresado como “originario” es también interpretación. Desde esta perspectiva, la intervención analítica no se propone develar una supuesta transparencia primitiva, sino, por el contrario, echar luz sobre su opacidad. De ahí que Foucault señala que la interpretación no es un mero desciframiento, sino que se propone otorgar un carácter de cifra a lo que se dice. Más que a aclarar o a explicar el sentido de algo, apunta a desnaturalizar y a dilucidar la artificialidad de la relación de los discursos con los sujetos que ha producido como soportes de su propia elaboración. “La interpretación —dice Foucault— no está destinada a disolver “falsas apariencias” de la cultura, sino a mostrar de qué manera esas “apariencias” pueden expresar una cierta verdad que debe ser construida por la interpretación.” (Foucault, 1964, p. 22)

No obstante, la concepción “clásica” de la noción de interpretación psicoanalítica se plantea descubrir un secreto oculto, revelar un mensaje escondido que ya se estaría en el paciente aunque este lo desconozca. Se propone hacer inteligible y volver accesible el contenido latente de las manifestaciones inconscientes del analizante. Así entendida, la interpretación procura devolver a la conciencia aquello que habría quedado relegado de ella como si desempolvaren los muertos que el paciente tiene en el clóset. En función de esta concepción, la hipótesis inicial de Freud sostiene que los síntomas se desvanecerían una vez interpretados. Las tempranas influencias del profesor Jean-Martin Charcot y de Josef Breuer se ven reflejadas en la

ponderación de una técnica que se propone buscar los recuerdos traumáticos apartados de la conciencia para trabajar con ellos. Sin embargo, el carácter sexual del síntoma como formación de compromiso expresa una oscura satisfacción pulsional vivenciada como exceso que escapa a la posibilidad de ser puesta en palabras y pesquisada por la razón en su totalidad. Freud mismo dio cuenta de esa imposibilidad al elaborar conceptos (como el de reacción terapéutica negativa, pulsión de muerte, masoquismo, entre otros) que dan cuenta de la dificultad que encierra la interpretación analítica que vendría a disolver los síntomas tras recuperar las ideas escindidas de la conciencia. En el corazón del psicoanálisis se sostiene la tensión entre el desciframiento del síntoma y la restricción de que este sea abordado debido a su opacidad intrínseca.

En la “18ª conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente” (1917 [1916-17]), Freud señala que en el sentido de un síntoma se conjugan su “desde dónde” y su “hacia dónde” o “para qué”. A partir de esa consideración, la intervención analítica apunta a dilucidar las impresiones y vivencias que configuraron la conformación del síntoma y los propósitos a los que este último sirve. Pero la tarea de “hacer consciente lo inconsciente” tropieza con un impedimento al intentar consumir su objetivo de, por ejemplo, “llenar” las lagunas mnémicas como quien colma un vaso con agua al saturarlo hasta el borde. La asociación libre está destinada a ser interrumpida (fundamentalmente, por efecto de las resistencias) y el neurótico convierte en un obstáculo —dice Freud en la “19ª Conferencia. Resistencia y represión” (1917 [1916-17])— contingencias que aparecen durante su análisis, acontecimientos externos que puedan distraerlo de la tarea, manifestaciones pronunciadas en su entorno por una autoridad hostil al tratamiento, así como una dolencia orgánica casual o que complique su síntoma. Incluso el mismo analizante cede en su empeño ante ciertas mejorías de su estado. Y aun considerando tales apreciaciones, tendremos “un cuadro aproximado, aunque todavía incompleto” —advierte Freud— de las formas y los medios a los que apelan las resistencias, en lucha contra las cuales transcurre todo análisis.

Una considerable cantidad de conceptos psicoanalíticos están atravesados por una opacidad que haría imposible la verbalización que presagia la interpretación “clásica”, en tanto esta es en transferencia, apela al conflicto con los embates pulsionales, se encuentra obstaculizada por las resistencias, incapacitada para alcanzar el ombligo del sueño, y a la vez responde a un inconsciente estructurado como un lenguaje (que, como tal, incluye un vacío, un indecible que queda por fuera del sistema mismo). Algo que no logra ser puesto en palabras se torna irreductible y se conjuga con las fuerzas pulsionales que se prestan al servicio de las satisfacciones sustitutivas. No en vano, en *Más allá del principio de placer* (1920), Freud refiere a las pulsiones como “el elemento más importante y oscuro de la investigación psicoanalítica” y señala que las exteriorizaciones de una compulsión a la repetición muestran en alto grado un carácter *Triebhaft*, término traducido al español como “pulsión” o “impulso”, aunque refiere a lo “*impulsiv*” o “*passioné*” de la Ilustración Francesa: lo im-

pulsivo, apasionado e irreflexivo en tanto opuesto a la conducta racional y esclarecida. (Freud, 1920, pp. 34-35) Así también, en su artículo para la "Encyclopaedia Britannica" (1926), Freud señala que "la doctrina de las pulsiones es para el psicoanálisis, sin duda, un ámbito oscuro." (Freud, 1926, p. 253)

En el capítulo XI. "Addenda" de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]), Freud señala que la resistencia del superyó "es la más oscura". Brota de la conciencia de culpa o necesidad de castigo y se opone a todo avance en la curación. Hay un exceso opaco que no puede ser apaciguado por la intervención del analista y que le pone un tope al análisis. Ya en el capítulo V. "Los vasallajes del yo" de *El yo y el ello* (1923), Freud sostiene que, en ocasiones, lo que se espera pudiera ser una mejora o una remisión temporal de los síntomas, provoca un refuerzo de la enfermedad del paciente. Dicha resistencia al curso del tratamiento, que recibe el nombre de reacción terapéutica negativa, tiene lugar ante el sentimiento de culpa que, hallando su satisfacción en la enfermedad, pugna por mantener el castigo del padecer. Sin embargo, el paciente no se siente culpable. De ahí que Freud califique de "mudo" (nótese su alusión al ello) al sentimiento inconsciente de culpa que opera y que le proporciona al sujeto un sufrimiento o castigo ante las transgresiones que le adjudica. En función de que se pongan al descubierto los fundamentos reprimidos inconscientes del sentimiento inconsciente de culpa —dice Freud— podrá trabajarse la manifiesta condena que ejerce la instancia crítica sobre el yo. Sin embargo, no todo fundamento reprimido inconsciente es evidenciable por el analista que se propone ampliar el campo de conocimiento sobre lo que aqueja al paciente, y mucho menos si intenta pescar esa falta que —producto de la represión primaria— no puede ser recordada. A ese lugar —dice Freud en "Construcciones en el análisis" (1937)— viene la construcción como intervención analítica.

En "La represión" (1915), Freud supone una represión primaria o primordial (*Urverdrängung*, cuyo prefijo "U" refiere a lo originario) que apela al primer tiempo de la operación de represión. Este atañe al representante psíquico (representante representativo) de la pulsión que ve denegado su acceso a la conciencia. Existe una estrecha relación entre la represión originaria y la fijación, en la medida en que la agencia representante en cuestión permanece inmutable y la pulsión persiste ligada a ella. El rasgo unario (el *enziger Zug*, como lo llama Freud) seguirá produciendo sus efectos, pero en tanto su constitución es anterior a que el sujeto hable, su esencia es opaca. Los síntomas neuróticos tienen su sentido, como se hace evidente en las operaciones fallidas y en los sueños, pero eso no quiere decir que la formación de compromiso sea cabalmente verbalizable en términos racionales y lógicos. De hecho, los efectos de la censura —la trasposición de los contenidos latentes del sueño tras someterse a deformaciones, condensaciones, desplazamientos, inversiones y omisiones que involucra— confinan un campo imposible de ser significantizado en sí mismo.

Freud advierte que la interpretación no es un mero desciframiento al señalar que el psicoanalista no es un arqueó-

logo, ya que trabaja con un organismo vivo, a la vez que en análisis se ponen en juego la actualidad de la repetición y la transferencial. Entonces, la tarea del analista no está supeditada exclusivamente a descubrir algo que ocurrió en el pasado, que ya estaría allí de antemano y que debería ser desenterrado escavando en el inconsciente. Si lo que el sujeto es se explica únicamente por lo que fue, el tratamiento psicoanalítico se alinea a las terapias de vidas pasadas y el psicólogo procede a desenmascarar los hechos al modo de un detective que busca resolver el caso escarbando hasta encontrar las pruebas que le permiten hacer justicia. Sin embargo, cuando el recuerdo surge acompañado de un afecto, deviene novedoso y presente. El pasado se actualiza, dando lugar a una producción nueva que cobra vida en su propio acontecer. Ante eso, se pone en primer plano la enunciación y las marcas de lo que se dice, más allá de lo que se diga y de lo que ocurrió "efectivamente" en la biografía del analizante.

El paso del tiempo pareciera no repercutir demasiado en ciertas convicciones difíciles de conmover para el paciente y muchos puntos oscuros de su historia se enlazan en el relato novelado que le da forma a su testimonio. En ocasiones, la continuidad con que se concibe el yo pareciera estar desprovista de rupturas. Uno puede sentir no ser el mismo que hace diez años atrás y, simultáneamente, considerarse el mismo. La persistencia de ciertos padecimientos se asienta sobre un ser que el paciente ya no es, pero que de alguna manera él mismo supone seguir siendo. Lo que el sujeto sabe de sí proviene de la figuración que le devuelve el espejo como imagen unificada. Pero esa imagen a la que el analizante se amarra con ímpetu no es sólo visual, sino que también concierne a los significantes que lo hablan (al sujeto). Por eso, la interpretación actúa sobre los significantes que lo subordinan. Si el analista logra llevar la demanda del sujeto hasta los límites del ser, puede que el paciente interroge su falta, alrededor de la cual gira su deseo (en tanto, como dice Jacques Lacan, el deseo es la metonimia de la carencia de ser). Desde su formulación misma, la interpretación desentraña un enigma, pero en ese mismo movimiento produce una nueva incógnita. No busca propiciar una identificación, así sea una distinta de la que opera en quien padece. Desde esta perspectiva, la interpretación no se propone descifrar, sino cifrar, ya que apunta a desanudar la existencia de lo fáctico de las palabras que vienen del Otro¹.

Un psicoanálisis no se propone reemplazar una novela por otra. En definitiva, "la terapia analítica —dice Freud ya tempranamente— no quiere introducir ni agregar nada nuevo, sino restar, retirar, y con ese fin se preocupa por la génesis de los síntomas patológicos y la trama psíquica de la idea patógena, cuya eliminación se propone como

¹El Otro designa la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. Como modelo discursivo/epistémico hegemónico, da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un "lo estable expreso". Esta artimaña se define socio-históricamente, aunque debe ocultar su carácter de artificio (lo arbitrario del significante) para presentarse como natural.

meta.” (Freud, 1905, p. 250) En función de estas consideraciones, la interpretación vendría a operar por el equívoco, más que a intentar aclararle al paciente lo que le ocurre. En lugar de aportar un sentido que le de un cierre a los interrogantes que se plantea el analizante, busca principalmente introducir el malentendido que propicie una pregunta en el sujeto respecto de su posición subjetiva en relación a su síntoma como función de goce.

Por su parte, la construcción (en tanto modalidad de intervención analítica) restituye y reubica los recuerdos y las lagunas del paciente en un nuevo rompecabezas. Se trata de una ficción —dice Freud en “Construcciones en el análisis”— que se hace posible a partir de la materia prima que proporcionan las formaciones del inconsciente del analizante: jirones de recuerdos que aportan los sueños, ocurrencias que él tiene durante la asociación libre, destellos de repeticiones, retoños de mociones de afecto sofocadas y las reacciones contra estas, entre otras. Es decir, la construcción intenta organizar significantes que se ponen en juego en la historia del sujeto, pero no desde una arbitrariedad, sino a partir de un nexo entablado entre los pasajes de la historia del paciente y las formaciones de su inconsciente. Podrá tener la apariencia de una teoría del origen, pero no es una creación porque no surge de la nada. Si así fuera, más que hacia el campo del psicoanálisis, perfilaría hacia el de la teología. Dicha modalidad de intervención no apunta a dilucidar una supuesta transparencia originaria. En lugar de revelarse al modo de un todo organizador del recuerdo del paciente, la construcción procura introducir una interpelación ante la opacidad de lo reprimido. Se propone dar un nuevo sentido que pueda incluir el sinsentido. Es decir, no busca colmar de sentido, sino dar lugar a la posibilidad del sinsentido que abra una nueva pregunta por el síntoma y lo que allí se pone en juego. En este punto, la construcción apela a *la Cosa* —en alusión al “Proyecto de psicología” (1895)— como aquello que está fuera de significado, un espacio vacío de representación, una exterioridad que envuelve a lo más íntimo, un indecible, pero que (así no sea susceptible de ser verbalizado) no es inefable en tanto está dentro del campo de la palabra.

Lacan aborda la noción de sentido subyugándola a la de sinsentido, dado que parte de lo que evidencia en la clínica. Durante la sesión analítica, el paciente asocia libremente y dice algo diferente o algo más de lo que quería decir. Una dimensión inadvertida que escapa al sentido se conjuga en la propia articulación signifiante. Favorecida por el propio dispositivo psicoanalítico que da lugar al malentendido, se establece una distancia entre la intención de significación y las palabras pronunciadas. Un signifiante cualquiera, sea cual sea pero que es uno, propicia en el sujeto una interrogación por lo que lo aqueja. Ese signifiante se dirige a un Otro (analista) y permite que se produzca una suposición de significado que abre la cadena del saber inconsciente. El analista no debe responder a la demanda del analizante sino desde la posición que la transferencia le otorga, ya que en la medida en que evite satisfacerla, irrumpirán los significantes a los que se aferra el padecer del paciente. Freud plantea la regla de abstinencia para el analizante, del que se espera que no dilata

pide la libido (una cantidad finita) y disponga ese quantum para la cura.

La interpretación del analista se sirve del sinsentido para cercar la determinación inconsciente de las repeticiones del sujeto. El objetivo no es descubrir la verdad oculta, sino aprehender aquello imposible de ser puesto en palabras que emerge en los intersticios de los dichos del analizado, desarticulando la producción de sentido y —a la altura del *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964)— recuperando los significantes elididos por efecto de la defensa. La reducción de los significantes a su sinsentido permitirá ir elucidando los determinantes de la conducta del paciente. El raciocinio está condicionado por la imposibilidad de poner todo en palabras. Por eso, el sentido está delimitado también desde lo real. El inconsciente, las percepciones y los afectos escapan a la lingüística. En no considerar esta evidencia radica “la miseria de los historiadores —dice Lacan—: no poder leer más que el sentido allí donde no tienen otro principio sino confiarse en los documentos de la significación. Así, también ellos llegan a la trascendencia, la del materialismo.” (Lacan, 1973, p. 505.)

En la década de 1970, Lacan indaga cómo la articulación signifiante produce efectos de sentido que no son ajenos a la satisfacción pulsional puesta en juego en el síntoma. Pero la palabra es un instrumento de goce que no se limita a la comunicación, sobre todo cuando remite a un sentido (o mejor dicho, al sinsentido) implicado en el goce. Entonces, el desciframiento de un síntoma abarca, al menos, el análisis de las fuentes y las causas del goce del sujeto que se hace presente en el discurso. Ir más allá de las significaciones para alcanzar el goce que se desliza entre los significantes supone —señala Lacan en “El atollondradicho” (1973)— distinguir los equívocos. La homofonía entre palabras es uno de ellos. Esta depende de la ortografía, aunque sin dejar de involucrar la condensación y el desplazamiento —leyes que Freud le adjudica al inconsciente—, las que permiten suspender la arbitrariedad del lenguaje con el que nos comunicamos y desquiciarla. A su vez, la metáfora y la metonimia empuñan múltiples deslizamientos en lo dicho. La polisemia desborda las significaciones que la gramática propone delimitar y revela un mensaje que atañe al goce. La equivocidad de las palabras no se logra limitar en tanto la gramática puesta en juego es la del fantasma de cada sujeto. También lo equívocos lógicos franquean esa consistencia aparente dada por el lenguaje y revelan su punto de incompletud, fundamentalmente cuando admiten la contradicción.²

²En el año 1901, Bertrand Russell demuestra la paradoja que encierra la teoría original de conjuntos formulada por Cantor y Frege. Para ejemplificar la contradicción que esta implica, se expone a continuación la conocida paradoja del barbero: “Dada la falta de barberos en el emirato, un día el emir ordenó que estos sólo afeitarían a quienes no pudieran hacerlo por sí mismos. Angustiado, el barbero As-Samet le planteó: “En mi pueblo soy el único barbero. Si me afeito, entonces puedo hacerlo por mí mismo, por lo que no debería. Pero en ese caso, algún barbero debería afeitarme y ¡yo soy el único barbero de allí!” Maravillado por su razonamiento, el emir lo premió con la mano de la más virtuosa de sus hijas. Así, el barbero As-Samet vivió feliz y barbón.”

El discurso del amo erige el significante como imperativo que manda y las diferentes identidades sociales que cada individuo adopta para sí se producen en esa dimensión. En cambio, en el discurso analítico se habla de lo que no anda, de lo inaprensible, de lo huidizo. Este da a lo que se enuncia como significante una lectura diferente de lo que significa. Es más, no una, sino una multiplicidad de modos distintos de leer lo que se expresa. El paciente se compromete a decir necedades y con ellas se lleva adelante el análisis en miras de poder alcanzar algún real. Hay que hacer responder a la falsa finalidad de un goce pretendidamente adecuado (o sea, que no lo está pero pretende estarlo) a la complementariedad sexual. Partiendo de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, Lacan sostiene que la palabra, la que responde al goce fálico, se satisface a nivel del inconsciente allí donde algo se dice y no se dice. El lenguaje es el soporte de esa otra satisfacción con la que se conjuga el goce.

Todo el engranaje simbólico pretende mantener velado aquel punto más íntimo y ajeno a cada quien (*Unheimlich*) que constituye el propio goce, puesto que el goce autoerótico (del cuerpo), como dice Lacan, es lo más *hétero* que hay. “No hay relación sexual”, sino que lo que hay es goce (o mejor dicho, goces en plural, parciales y singulares), propiedad de un cuerpo viviente. En este punto no hay relación entre Otro y goce, ya que este último es sin el Otro al prescindir de él. De ahí que el goce fálico es llamado “goce del idiota”, del solitario, que no tiene relación con el Otro, por lo que Lacan lo adjetiva de “masturbatorio”. Este no apunta a una comunicación con el Otro en su fase esencial, ni se dirige al reconocimiento o a la comprensión. En el *Seminario 20: Aún* (1972-1973), Lacan afirma que sabemos que estamos vivos porque el cuerpo se goza. Pero no se refiere al cuerpo como organismo biológico, sino a la sustancia definida por aquello que es corporizado de manera significativa. Entonces, “dar un abrazo” —ejemplo que da Lacan—, con el que el goce toma su causa formal, responde al orden de la gramática que lo dicta. En tanto el significante se sitúa a nivel de la sustancia gozante, un análisis puede abordar la materialidad del goce de una parte del cuerpo significado. En ese sentido, la intervención analítica opera a partir de la palabra sobre el goce y el cuerpo en lo real porque “el significante es la causa del goce”.

La interpretación viene a limitar el no-diálogo del goce. Este es acotado al darle lugar al sinsentido que produce efectos en el cuerpo. Así, se le da un corte elocuente al monólogo autista del goce, que se basta a sí mismo, dando cuenta de lo imposible. En este caso, puede que nos adentremos en el campo de la reacción terapéutica negativa como respuesta de goce en transferencia sin pregunta por parte del sujeto. Lo que debe saber hacer el analista —dice Lacan en el *Seminario 8: La transferencia* (1960-1961)— es “retener la nada” para producir y motorizar un saber. Con la primera experiencia de satisfacción, la falta se dispone ante el impedimento de que alguna representación pueda reconstruir la plenitud inicial perdida. En esa línea, el goce también exige un exceso imposible de colmar. Lo no simbolizable de esa falta y del goce

es comandado por un objeto que se define por su opacidad: el *objeto a*. A diferencia de la palabra que goza, la interpretación desidentifica y produce la apertura a lo Otro sobre el trasfondo de lo imposible de decir.

También el amor de transferencia encierra una opacidad que lo vuelve motor de la experiencia analítica. En *Fragmentos de un discurso amoroso*, Roland Barthes dice que el amado fascina porque es *átomos*, es distinguido como tan único que no podría ser clasificable ni descripto y su originalidad imprevisible vendría a responder a la verdad del deseo del sujeto amoroso. Tomado como expresión de máxima singularidad, el ser amado no respondería a ningún estereotipo (la verdad de los otros). No obstante, partiendo de que el amante amó y amará muchas veces, Barthes se pregunta si hay algún rasgo común que haga conjunto entre esos seres amados, es decir, si el deseo se aferra a algún “tipo” y, por lo tanto, devendría clasificable. Pero este interrogante lo resuelve al vislumbrar que la originalidad se encontraría en la relación intersubjetiva y no en los sujetos mismos. En este sentido, el estereotipo se ve conmovido cuando algo novedoso agita el vínculo. En *El banquete* de Platón, el *átomos* es encarnado por Sócrates, quien es amado por Alcibiades por poseer el “objeto preciado” que lo hace deseado. Su esencia es ser un vacío, un hueco —dice Lacan en el *Seminario 8*—, y a partir de allí surge el semblante que deslumbra la mirada de Alcibiades. Este queda fascinado por el deseo de Sócrates. Es decir, el *erómenos*, el amado, se vuelve deseable a partir de la falta en ser subjetiva. A dicho objeto *agalámico*, aunque se constituye desde la falta en ser, se le supone una significación. Sócrates está identificado a su ser de sujeto como falta en ser, como alguien que tendría lo que a Alcibiades le falta. En la misma línea, la posición del analista atañe a retener esa nada que detenta significación. El significante de la transferencia interroga al sujeto, hace que se pregunte por algo que irrumpe y que con eso se dirija a un analista.

Lacan apela al *átomos* al proponer una topología en el marco de la transferencia, ya que el algoritmo de la transferencia es idéntico al *agalma*. Precisamente, el analista no está representado por ningún significante, por lo que desde esa opacidad, por no consentir a su representación, acarrea una significación. El psicoanalista encarna el sujeto supuesto saber al ir al lugar de engendrar la pura significación de saber. No se trata de lo que él sabe, sino de la función de lo que sabe en el análisis. Por un lado, debe saber ignorar lo que sabe y, por el otro, el saber se construye a partir del encuentro con los significantes que el analizante va pronunciando.

Por supuesto que la verdad —advierde Freud en “De la historia de una neurosis infantil (Caso del “Hombre de los Lobos”)” (1914 [1918])— está desfigurada y salpicada de elementos fantaseados. No puede ser de otra forma. Pero aunque así no fuera, tampoco es posible decir toda la verdad en tanto materialmente faltan las palabras. Esa imposibilidad hace que la verdad sea solidaria de lo que escapa al significante y que su medio decir y su condición de ficción estén implícitos en la interpretación.

Una apariencia encubre lo que se tiene por engaño, fingi-

miento o mentira. Esta alude a un despliegue de la verdad en un “hacer parecer”, al que –en el *Seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante* (1971)– Lacan denomina “semblante” (en francés, *semblant*). La propia posición subjetiva es efecto de la producción de discurso que el semblante regula. Es decir, todo lo que es discurso solo puede presentarse como semblante, ya que este le da cuerpo en lo que tiene de representación. Cuando la verdad se zanja por el mero desencadenamiento de una lógica que le da cuerpo y la cristaliza, destituye al discurso como representante de la representación. El discurso es del semblante, así no se tenga en claro del semblante *de qué*. Deja de representar a una representación para volverse una secuencia caracterizada como efecto de verdad, la que oculta que se goza haciendo semblante y, en ese punto, se despliega como un medio-decir que, a su vez, insiste con su repetición.

“Echar luz” sobre un proceso requiere que se considere también la oscuridad que este envuelve. A decir de Lacan, “la luz produce parte de ese campo que se define a sí mismo como el campo de la verdad. No obstante, ella debe tener un efecto eficaz sobre lo que producía opacidad. La luz en cuanto luz, que ese campo propaga en cada momento, proyecta una sombra, y es esta sombra la que tiene efecto. Por eso, a esta verdad misma siempre tenemos que interrogarla sobre su estructura de ficción.” (Lacan, 1971, p. 124).

Aunque la verdad es semblante, sus efectos no lo son. La interpretación analítica solo es verdadera por sus consecuencias, ya que no está supeditada a una prueba que concluya a priori en la afirmación o refutación de su carácter de verdad. Ella desencadena la verdad como tal y es verdadera –dice Lacan– en tanto se sigue verdaderamente. Ninguna verdad podría localizarse más que en el campo donde se enuncia y en función de la opacidad que la comanda, sobre todo si trabajamos con un inconsciente que miente, falsifica y se rige por el proceso primario, y, al mismo tiempo, es auténtico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barthes, R. (1977). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (1964). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por Asalto.
- Foucault, M. (1976). *Genealogía del racismo*. La Plata: Editorial Altamira.
- Freud, S. (1905). Sobre psicoterapia. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, p. 250.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, pp. 34-35.
- Freud, S. (1926 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1926). Encyclopaedia Britannica. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, p. 253.
- Freud, S. (1937). Construcciones en el análisis. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Lacan, J. (1973). El atolondradicho. En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós, p. 505.
- Lacan, J. (1971). *El seminario: libro 18: de un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós, p. 124.
- Lacan, J. (1972-1973). *El seminario: libro 20: aún*. Buenos Aires: Paidós, p. 33.
- Platón (385 a. C.). *El banquete*. Madrid, Sarpe, 1985.

Fecha de recepción: 18 de mayo de 2017

Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2017